

¿Qué dice la Encuesta Mundial de Valores de la confianza en el gobierno?

ROBERT WORCESTER

Introducción

La confianza de los británicos en sus instituciones ha descendido en las tres últimas décadas y hoy es sumamente baja. Poco antes de las elecciones de 1997, la mitad del público decía que no podía confiar en que sus funcionarios públicos dijeran la verdad y ocho personas de cada diez no tenían fe en la veracidad de sus ministros. Dos terceras partes expresan que no pueden confiar en lo que los expertos gubernamentales dicen sobre el medio ambiente. A lo largo del periodo también ha habido un descenso de la confianza en la industria, aunque los sindicatos han dejado de ser el fantasma que fue en el periodo de "cerveza y sándwiches en el número 10", cuando se pensaba que los dirigentes sindicales se contaban entre la media docena de personas con más poder en el país.

Ha habido también una aguda caída de la confianza que la gente tiene en el sistema de gobierno del país y hay una enorme mayoría en favor de reformas constitucionales como la carta de derechos, una ley de libertad de información y hasta una constitución escrita. Al mismo tiempo, ha habido una pérdida de confianza en el futuro reinado del príncipe Carlos, aunque no ha habido un aumento correlativo del apoyo a la abolición de la monarquía. La conmoción que significó para el sistema, primero, la victoria aplastante del Partido Laborista el primero de mayo de 1997 en las elecciones generales y, después, la reacción pública a la muerte de Diana, princesa de Gales, en septiembre, fue un mensaje para el establishment británico de que debía prestar apoyo a la reforma radical del gobierno británico que la administración laborista tenía intención de llevar a cabo.

A veces se puede entender mejor al propio país si se le puede poner en contexto, que es una de las razones por las que estudiamos los cotejos internacionales. Uno de los mejores y más incisivos es la Encuesta Mundial de Valores y por esta razón este artículo lleva el título que lleva, porque aunque se centra en Inglaterra, recurrí a la Encuesta para entender mejor las causas de la caída en picada de la fe del pueblo británico en su modo de gobierno. Esto me dijo que si bien los británicos tienen un nivel promedio de confianza en sus instituciones principales de gobierno, el Parlamento (I=0.99) y los funcionarios públicos (I=1.01), y tienen mucha más confianza en los servicios uniformados, las fuerzas armadas (índice de 1.56 comparado con los 42 países encuestados en la Encuesta Mundial de Valores de 1990) y la policía (I=1.41), están en el nivel más bajo del sondeo en la confianza en sus medios de comunicación (I=0.33).

Veracidad

Una de las medidas más elocuentes de la preocupación del público sobre lo que sienten los gobernados respecto a su gobierno es la confianza que creen que pueden tener en las personas que dirigen las instituciones y que controlan sus vidas. Aunque se bromea mucho

sobre la ley del más fuerte entre los vendedores de coches usados, agentes de bienes raíces, periodistas y ministros del gobierno, se ejerce poco control de las riendas del gobierno y de la vida de gente como los vendedores, comparado con el ejercido sobre los guardianes del proceso de información y los que toman decisiones.

Siguiendo el ejemplo de Lipset y Schneider (1983), MORI empezó una serie de encuestas sobre cómo son vistas varias agrupaciones profesionales por el público británico y cuánto han cambiado éstas a lo largo del tiempo. La primera fue una encuesta MORI en 1983 para The Sunday Times sobre en cuáles profesiones confiaba en general el público que decían la verdad o no. Como era de suponer, descubrimos que en Inglaterra la mayoría de la gente creía que podía confiar en médicos, maestros y clérigos, y no muchas personas creían que podían confiar en los políticos, los dirigentes sindicales y los periodistas (véase cuadro 1). Sólo una cuarta parte creía en los líderes empresariales y casi dos terceras partes no creían en ellos. Los periodistas (19%) respiraron con alivio cuando vieron que no estaban en el nivel más bajo del sondeo. En realidad, en general, los políticos tampoco lo estaban. Los que estaban más abajo de todos eran los ministros del gobierno. Sólo 16% del público pensaba que se podía confiar en que decían la verdad y un colosal 74% (en 1983) pensaba que no.

Cuadro 1.

Cuadro 1. P. "Ahora voy a leer una lista de diferentes tipos de personas. Diga en cada caso si en general confía en que dicen la verdad o no."			
No dicen la verdad	1983 %	1993 %	1997 %
Médicos	14	11	10
Maestros	14	9	11
Profesores	n/r	12	12
Presentadores de noticias en TV	25	18	14
Jueces	18	21	19
Clérigos/sacerdotes	11	13	20
Científicos	n/r	n/r	22
Hombre/mujer común de la calle	27	21	28
Encuestadores	n/r	28	28
Policia	32	26	30
Funcionarios públicos	63	50	50
Funcionarios sindicales	71	54	56
Dirigentes empresariales	65	57	60
Periodistas	73	84	76
Políticos en general	75	79	78
Ministros del gobierno	74	81	80
Promedio (basado en profesiones de 1983)	43	52	53

n/r: no respondió
Base: 997 adultos británicos, 25-28 de abril 1997 Fuente: MORI

El dato de que una mayoría decía que pensaba que podía confiar en que los presentadores de noticias en televisión decían la verdad, pero no los periodistas, impulsó a sir Alistair Burnet (el equivalente inglés de Walter Cronkite) a escribir una nota para decir: "Me pregunto quién creen que escribe lo que los presentadores leen." También hubo un llamamiento del entonces jefe de la organización estadística central del gobierno británico, el fallecido sir John Boreham, que quería que se celebrara una reunión para discutir la baja credibilidad en la veracidad de los funcionarios públicos, preocupado de que la gente tal vez no creyera en las estadísticas del gobierno (sic). Y esto fue antes de que M. Thatcher transfiriera la responsabilidad de las estadísticas gubernamentales al Tesoro.

Más sorprendente aún, se encontró que sólo una mayoría de los hombres y mujeres comunes de la calle en 1983 pensaba que se podía confiar en que otros hombres o mujeres comunes de la calle dijeran la verdad. Más de una cuarta parte pensaba que no podía confiar en ellos.

Diez años después, MORI repitió la prueba de veracidad, esta vez para The Times, haciendo una vez más las preguntas sobre los mismos grupos de gente que habíamos medido en 1983 para ver cómo habían cambiado las actitudes, si es que habían cambiado. La semana final de la campaña de elecciones generales de 1997 realizamos una tercera prueba.

Además, como en el transcurso de los años una serie de políticos en general, de ministros del gobierno específicamente, y periodistas, a causa de sus puntajes desconsoladores se habían sentido impulsados a preguntar qué opinaba el público de la veracidad de los encuestadores, agregamos encuestadores (además de profesores y, para el sondeo de 1997, científicos) a la lista. Había aproximadamente cinco veces más personas que creían en que podían confiar en que los encuestadores decían la verdad que las que tenían confianza en la veracidad de los periodistas o de los ministros del gobierno. Ninguno de nosotros puede estar contento de ello, bueno, la mayoría de nosotros.

Aunque en 1983 sólo una cuarta parte del público decía que se podía confiar en los funcionarios públicos, en 1993 más de una tercera parte (37%) decía que se podía confiar en que decían la verdad. Los jueces también sufrieron un revés (9% menos), pero a la policía le ha ido mejor. En 1983, 32% dijo que no podía confiar en que la policía dijera la verdad, y para 1993 esa cifra había bajado a 26%, aunque para 1997 aumentó de nuevo a tres personas de cada diez que no tenían fe en las fuerzas de policía. (La calificación mejor de la policía que la de los jueces en el periodo 1983-1993 es sorprendente e interesante, ya que fue un periodo en el que se derrumbaron una serie de convicciones sobre la delincuencia de alto perfil procedentes del pasado por ser errores de la justicia, y se acusó a la policía de fabricar pruebas en varios de los casos.)

Las calificaciones generales también cuentan una historia interesante: se nos dice constantemente que las cosas empeoran, que la confianza en las instituciones está deca- yendo, que hay un decaimiento moral y una degradación del espíritu en la patria. Estas cifras son testimonio de ello, con un aumento de diez puntos en catorce años en el por-

centaje del público británico que cree que a las profesiones verificadas en 1983 no se les puede creer que digan la verdad, aunque también es justo decir que en el caso de algunas profesiones, los puntajes de veracidad han mejorado, incluyendo dirigentes sindicales (15), funcionarios públicos (13) y presentadores de noticias (11), pero no políticos ni periodistas. El que la mitad del público inglés crea que no puede confiar en que sus funcionarios públicos digan la verdad debe provocar la reflexión sobre su papel y lealtades, y las presiones que se les imponen. Peor aún es que ocho de cada diez personas creen que no pueden confiar en que los ministros del gobierno digan la verdad (aunque habría que tener en mente que la encuesta fue realizada antes de las elecciones y antes de que el actual gobierno, Blair, tomara el poder).

Pérdida de confianza en el sistema de gobierno

Una de las mediciones pertinentes durante más tiempo de la actitud del público inglés hacia la forma de gobierno del país está dirigida por una pregunta que originalmente planteó en 1973 la Comisión Kilbrandon, cuando el país estaba dividido por igual respecto a si su sistema de gobierno estaba en buena forma o necesitaba un reacondicionamiento. No obstante, desde entonces hubo un agudo descenso en la confianza del público británico en su forma de gobierno, a lo largo de los cinco años de los gobiernos laboristas Wilson/Callaghan y después, los primeros doce años del gobierno conservador Thatcher/Major. Durante ese periodo, hubo un aumento de 29 puntos en el porcentaje neto de personas que expresaban su convicción de que el sistema necesitaba mejorar, una "oscilación" de 14.5% en 18 años (véase cuadro 2)

Cuadro 2.

Cuadro 2. Sistema de gobierno						
P. ¿Cuáles de las siguientes opiniones describe mejor la suya sobre el sistema actual de gobernar Inglaterra?	1973 %	1991 %	1995 %	1997 %	Cambio 1997-1973	Oscilación
a. "Funciona sumamente bien y no podría ser mejor"	5	4	3	2	-3	
b. "Podría mejorarse en pequeñas cosas, pero básicamente funciona bien"	43	29	19	26	-17	
c. "Se podría mejorar bastante"	35	40	40	40	5	
d. "Necesita muchas mejoras"	14	23	35	29	15	
No sé	4	5	3	3	-1	
Funciona bien	48	33	22	28	-20	
Necesita mejorarse	49	63	75	69	20	
Neto	-1	-30	-53	-41	-40	-20
Base: 1,069 adultos ingleses, 2-3 de abril 1997						
Fuente: MORI/JRRT						

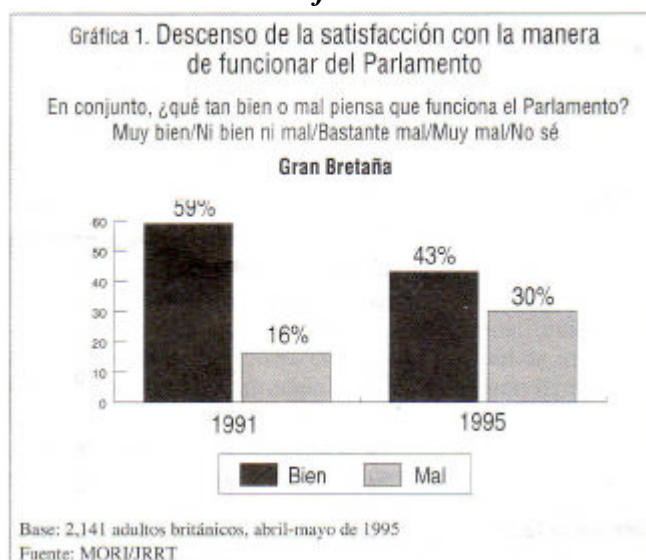
La encuesta en 1991 de 1,547 adultos, realizada por MORI para el Joseph Rowntree Reform Trust (JRRT), fue la primera investigación sustancial y fue descrita como "la más omnicompreensiva emprendida hasta ahora... que constituirá la línea base para todo el trabajo de encuestas sobre el tema en el futuro (Smith, 1991)". El JRRT (Worcester, 1995)

la puso al día en 1995 y encontró un descenso aún más vertiginoso en el número de personas en Inglaterra que eran optimistas respecto al sistema de gobierno por el que eran gobernadas, una caída neta de 52% desde la medición de 1973, una "oscilación" de 26, 26 más personas entre cien habían perdido confianza en el sistema político del país que las que habían adquirido confianza a lo largo de los 22 años que separaban la medición de 1995 de la que se había tomado en 1973.

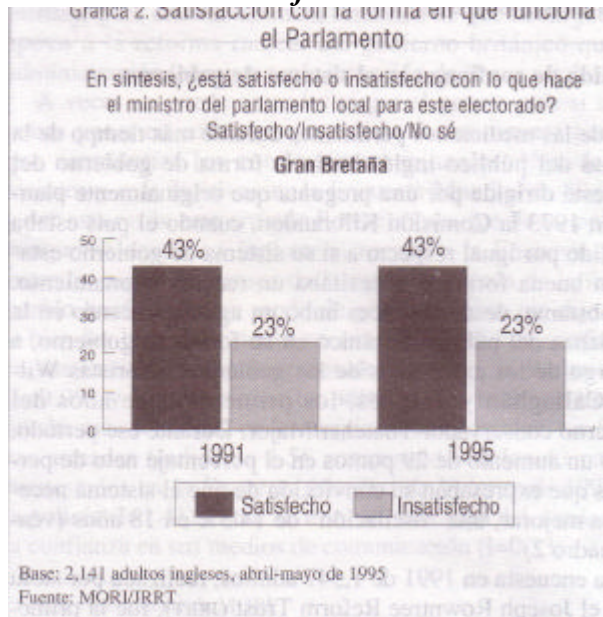
MORI aprovechó la ocasión de las recientes elecciones generales para poner al día de nuevo la pregunta, y encontró que los británicos estaban ligeramente más satisfechos con el sistema, con la confianza de que el gobierno conservador estaba a punto de ser derrotado en las urnas para ser sustituido por un gobierno laborista más popular bajo la dirección de un primer ministro en el que la mayoría del público tenía gran confianza y que prometía una reforma constitucional radical, incluida la devolución de los poderes a las regiones celtas de Escocia y Gales, una ley de libertad de información y otras reformas ampliamente deseadas por el electorado.

En 1991, poco después de la sustitución de la profundamente impopular (por entonces) Margaret Thatcher como primera ministra por el sumamente popular (al principio) John Major, el estudio MORI para el Rowntree Reform Trust encontró una caída neta de 30 puntos en la satisfacción con el modo de funcionar del Parlamento (véase gráfica 1), pero ningún cambio en la satisfacción con el miembro del parlamento local (véase gráfica 2), indicando que se consideraba que la falla estaba en el sistema, y no en la capacidad del representante concreto con el que los electores estaban familiarizados.

Gráfica 1

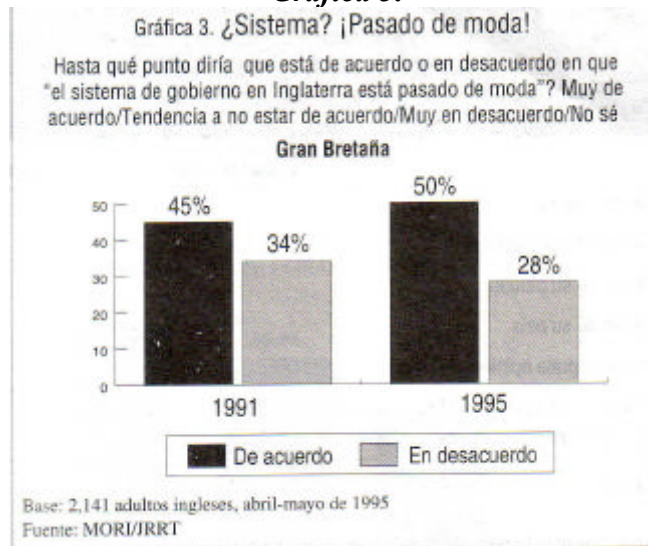


Gráfica 2.



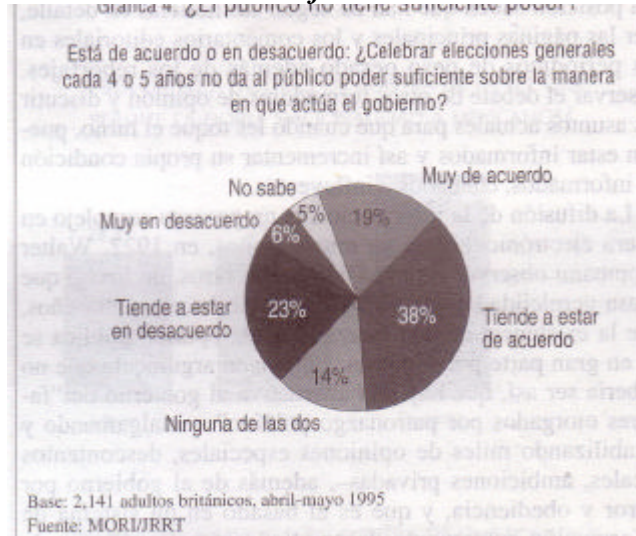
En 1991 hubo acuerdo por mayoría en que el sistema de gobierno en Inglaterra estaba pasado de moda por un margen de 45 a 34%; en 1995, el margen se había ampliado, con 50%, la mitad del electorado, que creía que el sistema estaba pasado de moda, y sólo algo más de una cuarta parte, 28%, creía que no. Esta convicción era aún más fuerte entre la gente joven, con la mitad de los que tenían menos de 35 años de acuerdo en que el sistema estaba pasado de moda, y sólo 12% del los jóvenes de 18 a 24 años que defendían el sistema (véase gráfica 3).

Gráfica 3.



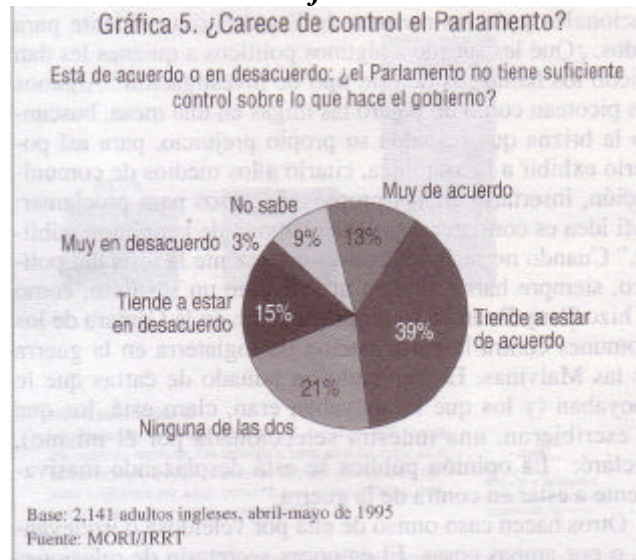
En 1995, 57% del público inglés expresó que la gente no tenía suficiente influencia sobre lo que hacían los que estaban en el poder, y que celebrar elecciones cada cuatro o cinco años no daba a la gente suficiente influencia sobre las personas que detentaban el poder sobre sus vidas. Los que estaban de acuerdo superaban a los que no lo estaban por dos a uno (véase gráfica 4).

Gráfica 4.



Y por un margen aun mayor, por casi tres a uno, la gente creía que el Parlamento también tenía poder insuficiente sobre lo que hace el gobierno, algo preocupante en un país en el que la soberanía reside en el Parlamento (véase figura 5.)

Gráfica 5.



Otra clave para el desencanto del público británico con el Parlamento y sus miembros es la percepción que tiene el público de las prioridades reales de los miembros del Parlamento y cuáles cree la gente que deberían ser.

Como se muestra en el cuadro 3, hay una importante discrepancia entre lo que el público percibe que un miembro del Parlamento persigue, el propio interés de él o ella, y lo que cree que debería ser lo que constituye sus propios intereses y/ los del país, o unos de ambos.

Cuadro 3.

Cuadro 3. P. En general y en su opinión, ¿a los intereses de quiénes dan prioridad los representantes parlamentarios?		
P. En general y en su opinión, ¿a los intereses de quiénes deberían dar prioridad los representantes parlamentarios?		
	Dan prioridad %	Deberían dar prioridad %
A los propios	56	*
A los de sus electores	7	48
A los de su partido	27	3
A los de su país	5	46
Otra/ninguna opinión	5	3

Base: 1,620 adultos británicos de más de 18 años, 23-26 de mayo 1996

Fuente: MORI

El libro de lord Alexander, *The Voice of the People*, brinda una "constitución" que protege los derechos de las personas, sensible al estado de ánimo público y que a la vez provee salvaguardas contra el régimen de la plebe, pero esta "constitución" dista mucho de ser la solución total de una escrita, que tanto necesita este país para dar cabida a las protecciones a los ciudadanos de los ejecutivos todopoderosos en el Parlamento. Si el gobierno de la señora Thatcher hubiera sido una dictadura electoral, imagínense lo que una mayoría de 179 habría hecho a nuestras libertades si se lo hubiera propuesto.

Incluso ahora, las buenas intenciones laboristas en la oposición se están suavizando, con la omisión de los temas clave de algunas propuestas de acciones legislativas, otros temas introducidos apresuradamente sin la revisión legislativa y administrativa adecuada, y otros más pospuestos hasta incluso el próximo Parlamento. Alexander parece que también parte del supuesto de que hay algo inmutable acerca de la soberanía del Parlamento, aunque observa las restricciones del Tratado de Roma-Maastricht que ya se han entregado a la Unión Europea. Si se puede compartir la soberanía con Bruselas, ¿por qué no con el pueblo de Inglaterra? Alexander demanda la subsidiariedad en Inglaterra además de para Inglaterra, una mayor apertura, que se firme la Carta de Autogobierno Local formado por el Consejo de Europa (firmada por 21 países y no por el Reino Unido), autoridades locales que tengan el derecho a ser consultadas sobre la planeación estratégica de cuestiones que les afectan directamente, la abolición de que se puedan exceder las cuotas y que se les dé el poder de recaudar sus propios fondos en su propia comunidad.

Power and the People de Vernon Bogdanor concluye que la agenda de reforma constitucional tal vez sea insuficiente para satisfacer plenamente las aspiraciones populares y no tiene muchas posibilidades de superar el considerable desencanto popular en relación con la política. No me queda más que coincidir con todo esto y con la conclusión de Bogdanor de que, a pesar de todo, la reforma electoral, el uso del referéndum y probablemente la iniciativa, las cartas de los ciudadanos y los jurados, sí, y un mayor y mejor uso de las encuestas de opinión contribuirán al "objetivo de los reformadores constitucionales, que debe ser sustituir el gobierno de políticos profesionales por el del pueblo. Sólo entonces habrá habido una transferencia real del poder del gobierno a los gobernados, una transferencia de los gobernantes al pueblo".

Elites

Los formadores de opinión son muy leídos, están muy informados o al menos deberían estarlo. Los que están en esa posición saben que han de seguir las noticias en detalle, leer las páginas principales y los comentarios editoriales en los periódicos de peso pesado además de los reportajes, observar el debate de otros formadores de opinión y discutir los asuntos actuales para que cuando les toque el turno, puedan estar informados y así incrementar su propia condición de informados, educados e influyentes.

La difusión de la información es un proceso complejo en la era electrónica. Hace ya muchos años, en 1922, Walter Lippmann observó, como lo han hecho otros, un hecho que causa perplejidad y tan cierto hoy como hace setenta años, que la existencia de una fuerza llamada opinión pública se da en gran parte por supuesta. Lippmann argumenta que no debería ser así, que hay una alternativa al gobierno de "favores otorgados por patronazgo político" –amalgamando y estabilizando miles de opiniones especiales, descontentos locales, ambiciones privadas–, además de al gobierno por terror y obediencia, y que es el basado en un sistema de información sumamente desarrollado, en el análisis y la conciencia de que "el conocimiento de las circunstancias nacionales y de las razones de Estado" sea evidente para todos. ¿Qué les sucede a algunos políticos a quienes les dan miedo los hallazgos de este tipo de investigación? Algunos los picotean como un pájaro las migas en una mesa, buscando la brizna que respalda su propio prejuicio, para así poderlo exhibir a la asamblea, citarlo a los medios de comunicación, insertarlo en sus propios discursos para proclamar: "Mi idea es consistente y tiene el apoyo de la opinión pública." Cuando no respalda convenientemente la tesis del político, siempre habrá alguien que invente un sustituto, como lo hizo Tony Benn en su argumentación en la Cámara de los Comunes contra la participación de Inglaterra en la guerra de las Malvinas. Esgrimiendo un puñado de cartas que le apoyaban (y los que le apoyaban eran, claro está, los que le escribieron, una muestra seleccionada por él mismo), declaró: "La opinión pública se está desplazando masivamente a estar en contra de la guerra."

Otros hacen caso omiso de ella por veleidosa o irrelevante, o por ambas cosas. El entonces secretario de relaciones exteriores inglés, Douglas Hurd, me escribió hace tres años para decir: "Creo que si hubiéramos seguido las encuestas, hubiéramos estado dentro y fuera de la Comunidad varias veces en los últimos veinte años. Sobre cuestiones de principio, como la monarquía y la membresía a la Comunidad Europea. la labor de los políticos es

convencer, no seguir automáticamente. Si el político no logra convencer, perderá su objetivo y fracasará en su profesión. (Hurd, carta al autor, 18 de enero de 1993)." Estoy pública y firmemente de acuerdo con el principio enunciado en la carta de Douglas Hurd y suscribo la idea de que la labor del político es conducir, no seguir, la opinión pública, como la labor de los gerentes es gestionar y no necesariamente suscribir los resultados de encuestas sobre la actitud del cliente o del personal. También me opongo personalmente al referéndum sobre cualquier cuestión que no sea la constitucionalidad.

Algunos temen que la opinión pública sea un peligro y demasiado poderosa. La afirmación más conocida del estadista inglés Edmund Burke perteneciente a la voluntad pública, citada con frecuencia por políticos de hoy en apoyo de su propia independencia de criterio, está en la declaración que hizo cuando fue elegido para Bristol en 1774: "su opinión imparcial, su juicio maduro, su conciencia ilustrada, él no tenía el deber de sacrificarlas a usted, a ningún hombre, ni a ningún conjunto de hombres vivos. Todos estos atributos, él no las deriva ni del placer de ustedes ni tampoco de la ley y de la Constitución. Son un encargo de la providencia y de cuyo abuso él es profundamente responsable. Su representante les debe a ustedes, no sólo su diligencia, sino su juicio; y traiciona, en vez de servirles, si lo sacrifica a la opinión de ustedes". Cuatro años después, Burke confirma lo anterior en su carta del 23 de abril de 1778 a uno de sus más prominentes constituyentes y defensores, Samuel Span, de la sociedad de Aventureros Mercantes: "un Miembro [del Parlamento] habla el lenguaje de la verdad y la sinceridad; y no está dispuesto a emprender ni a establecer un gran sistema político por conveniencia del momento; está en el Parlamento para defender su opinión del bien público, y no forma su opinión por consideración a ustedes, y deseo preservar esta característica".

No obstante, estos políticos rara vez recuerdan que en las siguientes elecciones sus electores escogen a otro para que los represente en el Parlamento. Tampoco se recuerda que en 1780, después de su derrota, Burke dijo que "El pueblo es el amo" y escribió: "Nadie lleva más lejos que yo la política de hacer que el gobierno sea grato para la gente. Yo no sólo consultaría el interés de la gente, sino que gratificaría alegremente sus estados de ánimo." Mi texto favorito de Burke está en su carta a Mary Palmer, 19 de enero de 1786 (Furber, 1965): "Nunca me he sometido a los humores de la gente. No puedo decir que la opinión me sea indiferente, pero la tomaré, si puedo, como mi compañera, nunca como mi guía." Parece que Burke ha olvidado su postura anterior.

Los políticos deben preocuparse sobre lo que piensa el público; después de todo, Burke a su manera, por no mencionar a Thatcher y más recientemente a John Major, descubrieron qué significa perder la confianza pública. ¿Pero por qué los funcionarios públicos en el gobierno central y los funcionarios del gobierno local se preocupan tanto de lo que piensa el público? La respuesta es, en mi experiencia, que hay demasiados a los que no les preocupa, aunque a lo largo de la década pasada esto ha cambiado, sobre todo en las autoridades locales y recientemente en las agencias Next Steps.

Tal vez lo expresen mejor las palabras de Rousseau:

"Hemos visto que el legislativo pertenece, y sólo puede pertenecer, al pueblo (60). Pero la iniciativa para proclamar leyes proviene del príncipe. Para cumplir con este deber necesita

un buen punto de mira desde el cual examinar la opinión pública, un tema que al gran legislador le concierne en secreto(58). En esta labor de observación, es auxiliado por las actividades del censor. El príncipe debe decidir qué convicciones de la gente son lo bastante activas para apoyar la legislación; la ley se puede basar sólo en un acuerdo previo, en el sentido de la comunidad que constituye el fundamento real del Estado. Así como un arquitecto antes de erigir un gran edificio observa y ausculta el terreno para ver si puede soportar el peso, el legislador sabio no empieza por trazar leyes por lo que son buenas en sí mismas, sino que primero investiga si las personas a las que están dirigidas son capaces de tolerarlas (46). (Citado en Noelle-Neumann, 1984)."

La muerte de una princesa

La sentencia de Aristóteles, "Aquel que pierde el apoyo de la gente deja de ser un rey", debe resultar cercana a la conciencia de la familia real en estos días de estrecho escrutinio de cada una de sus palabras y actos. La familia real interpretó mal el apoyo público a Diana. David Hume dijo en 1741 que "todo gobierno descansa en la opinión pública". Lo mismo sucede con la reputación de la familia real, y el jueves de la semana del duelo estuvo al borde del abismo, amedrentada con la consternación de un número cada vez mayor de súbditos británicos, excitados por el grito de los medios de comunicación de "Hablen a la nación".

Necker (1792): "Sólo los bobos, los teóricos puros, o los aprendices no toman en cuenta la opinión pública", pero aparentemente, dentro de palacio se desencadenó una batalla ente los tradicionalistas y los modernizadores en relación con cómo se iban a manejar las múltiples decisiones de desfile, invitaciones, estilo, lugares en los que se sentaría la familia real, el manejo de la familia de la princesa, etcétera. Sólo unos cuantos días y tanto que hacer, tantas personas que consultar, tanta presión pública.

Son los medios de comunicación los que filtran la opinión pública y por lo tanto hablan para ella; así ven el papel que desempeñan y muchos otros lo ven también así. En The Times de Londres (10 de septiembre de 1997), Tony Hall, jefe ejecutivo de BBC News, manifestó su sorpresa ante el fenómeno de la reacción pública a la muerte de la "princesa del pueblo": "La historia real estaba fuera del estudio, en las calles... Se supone que las audiencias nos escuchan a nosotros y no al revés —deploró. Los medios no entendían la importancia de la princesa para la gente. Por qué teníamos que entenderla nosotros — expresa quejumbrosamente. Nosotros seguíamos la historia, no la hacíamos." Así que ahora sabemos cuál es el papel que la BBC ha considerado que tiene y qué capacidad de conmoción para el sistema ha conferido el público a la voz del establishment británico, la BBC. Finalmente, "Parece que Diana hizo conexión con la gente, exactamente lo mismo para lo que nosotros usábamos a que nos ayudaran a conseguir los grupos focales." [sic]

El Estado de Gran Bretaña

Recientemente, Moxt llevó a cabo trabajo de campo para una encuesta' para Princeton Survey Research Associates sobre "el Estado" que nos permite discernir por qué la gente en Inglaterra siente lo que siente sobre su gobierno. Con seis meses del nuevo Parlamento (controlado por los laboristas) después del triunfo del primero de mayo del Partido Laborista de Tony Blair, las preguntas taladraban las causas del malestar público. A pesar de cifras de elecciones generales más o menos constantes en los setenta, a lo largo de los últimos treinta años, como lo indica la evidencia mencionada más arriba, ha habido una importante erosión de la confianza pública en el sistema de gobierno en Gran Bretaña.

Cuando se revisan una serie de respuestas de acuerdo/en desacuerdo es interesante encontrar que:

- Una mayoría de los ingleses (de 57 a 39%) coincide en que "el Estado controla demasiada parte de nuestra vida cotidiana".
- Una mayoría no está de acuerdo (de 53 a 44%) en que "a la mayor parte de los funcionarios electos les importe lo que piensen personas como yo".
- Pero una mayoría (de 57 a 32%) dice que "básicamente confía en el Estado". Las personas que es más probable que digan que sí confían en el Estado en Inglaterra son hombres, gente de edad, los que tienen mejor educación, gente en el norte, y las clases de profesionales y empleados administrativos.

El trabajo de campo inglés para la Encuesta Mundial de Valores² también arroja luz sobre las causas del malestar político en Inglaterra. Mientras que la mayoría de la gente dice que es "bastante feliz" (58%) y una tercera parte "muy feliz" (32%) con su vida "en conjunto ahora", y esto no está correlacionado con el posmaterialismo, como lo está la "satisfacción con su vida en conjunto en la actualidad", éstas son las repercusiones de descontento con el gobierno también en estas cifras. Tanto como una cuarta parte, 25%, de los ingleses piensan que sería una buena idea tener un líder fuerte que no tuviera que preocuparse ni del Parlamento ni de las elecciones como una manera de gobernar Inglaterra, y aunque este apoyo tácito al totalitarismo lo mantienen por igual hombres y mujeres, y a través de los grupos de edad, sólo lo sostienen 12% de los profesionales y directivos, pero más de una tercera parte, 32%, de la clase trabajadora no calificada de Inglaterra, y tres de diez lectores de la infame prensa tabloide.

Otra indicación de desencanto con los funcionarios electos es que una mayoría, 52%, dice que sería una buena idea que los expertos, y no el gobierno, tomaran decisiones de acuerdo con lo que ellos piensan que es lo mejor para el país, en tanto que 49% no está de acuerdo. Pero pocos, sólo 6%, piensan que "el gobierno del ejército" sería una buena manera de gobernar Inglaterra. Pero esto significa que hay 2.5 millones de personas que seguirían a un hombre montado en un caballo blanco. Otro indicador de que no todo va bien en la mente del electorado es que más de una tercera parte (36%) del público inglés cree que la mayor parte de los funcionarios aceptan sobornos o se corrompen de otra manera.

El Estado de los EUA

Hay ciertamente una larga historia de datos de encuestas sobre el estado de la confianza de los norteamericanos en su gobierno y no es éste el espacio para contarla, pero sí queremos hacer constar el excelente trabajo del Pew Research Center for the People & The Press, que sigue informando a los norteamericanos y al resto del mundo sobre el estado del interés de los norteamericanos por su gobierno y aclarando por qué la gente piensa como piensa.³

Una contribución memorable de Pew ha sido contrastar las opiniones sobre la confianza de los norteamericanos en su gobierno con las actitudes de los pueblos de varios países europeos. De las poblaciones encuestadas, la inglesa ocupa el lugar más alto y la francesa el más bajo como se muestra en el cuadro 4.

Cuadro 4.

Cuadro 4. P. ¿Diría usted qué básicamente confía en el Estado o no?			
	Si	No	NS
Gran Bretaña	57%	32	11
Alemania	41%	41	18
EUA	40%	56	4
España	38%	42	20
Italia	35%	51	14
Francia	33%	59	8

Base: 1,762 en Estados Unidos, circa 950 en otros países Fuente: Pew

Conclusiones e implicaciones

Hay una fuerte convicción de que durante los últimos 18 años de gobierno conservador en Inglaterra, ni el sistema de gobierno ni los representantes del Parlamento han prestado la suficiente atención a sus deberes y obligaciones con sus electores. Las respuestas a la pregunta planteada por Pew, "a la mayoría de los funcionarios electos les importa lo que piensa la gente como yo", en general son escépticas. aunque las respuestas son menos hostiles en Estados Unidos (41% de acuerdo, 57% en desacuerdo) e Inglaterra (43 a 53%), mientras que los escépticos van a la cabeza en Francia (26 a 70%), España (21 a 67%), Alemania (20 a 69%) y sobre todo en Italia (15 a 80%).

El gobierno de Blair es consciente de este sentimiento de impotencia por parte del público y está tratando de hacer algo al respecto y de que se vea que está haciendo. Por esta razón, el Cabinet Office del gobierno británico ha comisionado al People's Panel para que explore la opinión del pueblo inglés a través de encuestas de rastreo de actitudes hacia la distribución de servicios y a través de grupos focales, jurados de ciudadanos y escrutinio deliberativo. Está en marcha un cuestionario para contratación inicial y lineamientos básicos que abarca a 5,000 ciudadanos, con un programa de dos a tres años y el proyecto de hacer públicos todos los hallazgos del People's Panel.

Los gobiernos en Inglaterra y otros países tienen que darse cuenta de que si se quiere superar el cinismo y la apatía de los ciudadanos, hay que poner en marcha un programa de comunicación en dos direcciones y actuar de acuerdo con él, o las cosas empeorarán en vez de mejorar. Si los gobiernos no aprenden, como fue incapaz de comprender entonces el gobierno conservador de John Major (y ahora en la oposición con su nuevo líder William Hague), que en la época de participación de los electores, el apremio de los grupos de presión y los ataques de los medios de comunicación, los gobiernos deben escuchar a la gente, y que se note que lo hacen y que actúan de acuerdo con los deseos de sus electores, entonces se encontrará el justo castigo en las urnas.

Traducción: Isabel Vericat

Notas

1 906 adultos británicos mayores de 18 años entrevistados cara a cara sobre 171 puntos de muestreo a través de Gran Bretaña, del 10 al 13 de octubre de 1997. Encuesta realizada por MORI para las Princeton Research Associates, y reportada en Pew (véase nota 3).

2 1093 adultos británicos mayores de 15 años entrevistados cara a cara sobre 86 puntos de muestreo a través de Gran Bretaña, del 6 al 9 de marzo de 1998. Tomado de la Encuesta Mundial de Valores.

3 Deconstructing Distrust: How Americans View Government, Pew Research Center, 1998 (Nota: los datos asignados al Reino Unido lo deberían ser a Gran Bretaña, pues no se hicieron entrevistas en Irlanda del Norte.

Referencias

Alexander, Robert, The Voice of the People: A Constitution for Tomorrow, Widenfeld & Nicholson, 1997.

Bogdanor, Vernon, Power of the People: A Guide to Constitutional Reform, Victor Gollancz, 1997.

Lipset, Seymour Martin, y Schneider, William, The Confidence Gap: Business, Labor and Government in the Public Mind, Free Press, 1983. Pew Research Center, Deconstructing Distrust: How Americans View Government, Pew Research Center, 1998

Smith, Trevor, "Citizenship and the British Constitution", Parliamentary Affairs, vol. 44, núm. 4, octubre de 1991, pp. 429-441.

Worcester, Robert M., "The People and the System", The Political Quarterly, vol. 66, núm. 4, octubre-diciembre de 1995, pp. 335-341.

El autor es presidente de MORI.

